

M. Maurín condujo á su huésped al jardín, un buen jardín con arriates de fresas y minutisas, platabandas donde alternaban las azucenas con las floxías, las cruces de Jerusalem con las violas, y al extremo de cada calle, los bojes recortados en forma de urnas, constituían el encanto y orgullo del recaudador. Había un sitio donde los romeros, los císisos y las acacias crecían confundidos, y donde, desde tiempo inmemorial, los bancales de reseda florecían sin cultivo, desbordándose exhuberantes hasta la arena de la avenida. Allí comenzaba el enverjado del corral, y allí encontraron á Valentina. Con la cabeza y brazos desnudos, recogidas las puntas de su delantal lleno de trigo, distribuía á cada volátil la acostumbrada ración. Las gallinas habían acudido las primeras á paso acelerado, y se empujaban unas á otras para picotear el grano, mientras que el gallo, á fuer de galante caballero, les abandonaba las primicias del festín. Las palomas volaban circularmente por encima de la cabeza de la joven, y luego se posaban á sus piés y giraban lentamente sobre sí mismas dilatando el cuello; las gallinas de Guinea, más discretas, manteníanse á alguna distancia, y sobre una cerca de poca altura, un pavo real se esponjaba, haciendo la rueda en pleno sol. Todo aquel pueblo de bípedos plumes, piaba, cacareaba; arrullaba, á cual más podía, y de la copa de las acacias desprendíase al menor soplo de la brisa una lluvia de flores, que recor-

daba á Lorenzo aquella mañana del Córpus en que vió por vez primera á Valentina. Cuando esta hubo arrojado su último puñado de grano, volvióse hacia su padre y el doctor con ojos sonrientes:

—Ahora que mis avecillas tienen ya su almuerzo— dijo —estoy enteramente á vuestra disposición.

III

A medida que iba penetrando en la intimidad de aquel hogar, mostrábase Lorenzo más encantado de Valentina, porque una á una se revelaban ante él las cualidades de aquel carácter recto y sencillo. Era una mezcla de seriedad y jovialidad, de gracia espontánea y de natural elegancia; ingeniosa sin esfuerzo, casta sin gazmoñería, familiar sin asomos de vulgaridad, tenía sobre todo esos arranques de bondad que brotan de una frase, de un gesto, de una mirada, y que cautivan los corazones.

Lorenzo pasó con ella y sus hermanitas un largo rato de paseo y de conversación; por la tarde comieron en familia, y después regresó muy satisfecho á Sermaize. Durante todo el camino, no dejó de pensar en Valentina, comparándola mentalmente á la flor de la vid, á ese racimillo verde pálido, de tan modestas apariencias, y que exhala ese precioso olor tan suave, tan virginal y tan enervante.

Poco á poco, alentado por la simpática acogida de

la joven y por las manifestaciones de afecto de M. Maurín, se hizo uno de los más asiduos visitantes de la casa, y no tardó en comprender que entraba en una nueva fase su existencia, que el vacío de su corazón era menos profundo, y que la verde planta de otros tiempos brotaba juveniles retoños.

El amor en un hombre que frisa en los treinta años y que tiene la experiencia del mundo, no es ya un *amor fulminante*. Dormita algún tiempo antes de despuntar, como la crisálida en su delicado capullo de seda, y no se manifiesta al exterior sino por ligeros estremecimientos. Poco á poco van haciéndose más sensibles los signos de vitalidad, la tela del capullo se rompe, y la mariposa, saliendo de su envoltura, despliega lentamente en el aire libre sus alas, todavía temblorosas. Esto fué lo que le pasó á Lorenzo; no quiso confesarse á sí propio que estaba enamorado, hasta después de haber hecho el décimo viaje de Sermaize á Robert-Espagne, y sin embargo, hacía ya semanas que su amor se desarrollaba interiormente y trascendía al exterior como un perfume oculto.

El doctor escribía á la señorita Sebastiana cartas entusiastas, donde casi no hablaba de otra cosa que de la linda «flor de vid» descubierta á orillas del Saulx. Abusaba de la paciencia de la indulgente Sofia, elogiando en sus conversaciones el huerto del recaudador, el corral del recaudador y las extraor-

dinarias dotes de domesticadora de la hija del recaudador.

—¿Quieres que te diga una cosa? — exclamó una tarde Sofia Husson, interrumpiendo una larga conferencia sobre la manera cómo aderezaba las fresas Valentina — Estás enamorado de esa muchacha.

Lorenzo se echó á reír, pero no por eso dejó de encontrar al día siguiente un nuevo pretexto para volver á Robert-Espagne.

Era cabalmente el día de la fiesta del Córpus, y se cumplían diez años, día por día, desde que vió por vez primera á Valentina á la sombra del altarcito de la plaza de la Corona. Mientras cruzaba el bosque, traía el viento á sus oídos la música de las campanas echadas á vuelo, cuyos ecos parecían difundir la alegría en los aires. Hasta Lorenzo se sentía más ligero y como rejuvenecido por un filtro prodigioso. El carillón de las campanas tan pronto se debilitaba hasta casi apagarse por completo, tan pronto volvía en alas del viento estallando en alegres notas, y según que huía ó se acercaba, parecía al doctor que la sombra ó el sol cruzaban sobre su cabeza.

—¿Será que la amo de veras? — se decía — Y suponiendo que yo la ame, ¿me amaré ella también?

Y entonces se complacía en repasar en su memoria los síntomas que parecían indicar que Valentina no le miraba con ojos indiferentes. ¿Por qué se ponía tan ruborosa cuando él entraba, y por qué una de-

las últimas tardes había atrasado el reloj, á fin de que Lorenzo permaneciese una hora más en Robert-Espagne?

— ¡Bah!—exclamaba:— ¡Niñerías, y nada más que niñerías!... ¿Qué prueba todo eso?...

Y de este modo pasaba alternativamente de la duda á la esperanza, de la audacia á la timidez, con arreglo á las ondulaciones de sonoridad de la música aérea.

Cuando llegó al pueblo había terminado ya la procesión; pero las calles, todavía salpicadas de despojos de flores, exhalaban aromática fragancia. En el patio del recaudador se acababa de desmontar el altar construído bajo los nogales, y el vestíbulo estaba lleno de arbustos, de velas y de ornamentos sagrados.

Lorenzo buscaba por todas partes á Valentina, y al fin la halló en un pabellón situado á orillas del Saulx, al extremo del jardín. Sentada delante de la ventana, medio velada por las colgantes ramas de un sauce llorón, estaba entretenida en doblar las colgaduras blancas que habían servido para el paso de la procesión.

—La casa está toda revuelta—le dijo ella riendo—y me he refugiado aquí para recibirlos.

—¿Es decir, que habías contado con que vendría hoy?—exclamó Lorenzo.

Valentina se puso colorada y se mostró harto confusa al querer explicar aquel raro presentimiento.

— ¡Cómo hacía un tiempo tan hermoso!—balbuceó.—Y además—añadió, dejando asomar á los labios una picaresca sonrisa.—Mad. Lapasque, que conoce vuestra afición á las procesiones del Córpus, aseguraba que no dejaríais de venir á admirar nuestro altarcito.

—¿No os ha dicho Lucrecia más que eso?—replicó él sonriendo y mirándola con fijeza.—¿No os ha explicado la causa de mi predilección?

—No...—contestó Valentina, cada vez más turbada.

—Pues bien,—prosiguió Lorenzo con acento algo conmovido—voy á deciroslo... Es porque hace loce años os ví en Juvigny por primera vez un día del Córpus.

Valentina bajó la cabeza y aparentó hallarse muy atareada doblando la colgadura.

—Entonces era yo una niña—dijo en voz algo baja.

— ¡Estabais encantadora!... Yo, que era un simple colegial, me enamoré de vos, tan solo por haberos visto arrodillada en medio de las flores... ¿Lo sabíais?

Valentina se echó á reír para disimular su turbación.

— ¡Hola! ¿os reis?—continuó Lorenzo.— Confesad que Mme. Lapasque os ha contado la historia de la carta que os escribí en aquél tiempo y envié al colegio de la señorita Papillón.

—En efecto—repuso Valentina, procurando tomar

un tono gozoso—y sabed por vuestra parte que os he guardado por ello rencor durante mucho tiempo, porque la dichosa carta me atrajo una de las más soberanas reprimendas por parte de la señorita Pa-pillón.

—¿Os la enseñaron por ventura?

—¿Vuestra carta? ¡Bah! ni por asomo!

—¿Quereis que os la recite?

—¡No! ¡no!—exclamó ella precipitadamente, dando vuelta entre sus manos á la pila de lienzo.

—Todavía la sé—añadió Lorenzo—y mi corazón no ha cambiado.

Al escuchar esta frase, púsose pálida Valentina, y no se atrevía á levantar los ojos ni á respirar. En medio del silencio que siguió á esta confesión, oíase el fresco rumor del agua que corría al pié del pabellón y el sordo estrépido de la presa de la fábrica de hilados que resonaba á un cuarto de legua del jardín.

—Señorita Valentina—prosiguió Lorenzo con animación—lo que acabo de deciros es la pura verdad, y es seguro que desde el momento en que he vuelto á veros, la niñería de otro tiempo se ha trocado en un vivo y serio cariño. Os amo, y mi mayor dicha en este mundo, sería verme amado por vos y llegar á teneros por compañera de mi vida. ¿Os parece acaso un sueño demasiado ambicioso el mio, ó tal vez vais á considerarme tan osado como en aquel tiempo?... ¿No me contestais?—añadió con acento de inquietud.

—¡Perdonadme!—contestó la muchacha con un encogimiento en que se trasparentaba la alegría.—Estaba tan lejos de esperar lo que acabais de decirme... ¿Teneis la seguridad de haber hablado seriamente?... ¡Hace tan poco tiempo que me conoceis!... Además, no puedo contraer un compromiso de esta naturaleza sin el consentimiento de mi padre... ¡Si se negara, sería para mí una gran desgracia!

Lorenzo la cogió la mano con un movimiento de alegría.

—¡Será cierto!—la dijo.—¿Sentís algún amor por mí? ¡Oh! entónces voy inmediatamente á ver á M. Maurín.

Valentina le confuvo, ruborizándose, y le obligó á volver á sentarse.

—Esperad—le contestó;—vuestro apresuramiento podría trastornarlo todo. Mi padre os estima mucho, pero es excesivamente rigorista en punto á las fórmulas sociales, y si creyera que me habíais hablado de vuestros propósitos antes de consultarle, sería muy capaz de rechazaros sin rodeos por respeto á las formas. Escuchadme: de hoy en quince dias es la festividad de San Juan, dia de su santo, que celebraremos en familia, porque es muy afecto á estas solemnidades, y por más que aparente sorprenderse cuando le ofrezcamos los ramilletes, se sentiría hasta contrariado si no se le felicitara con toda ceremonia y aparato... Aquel dia comereis con nosotros,

y por la tarde, cuando nuestras flores y obsequios le hayan preparado favorablemente, le presentareis vuestra demanda en toda regla. Hasta tanto, prometedme ser circunspecto y reservado... Tened paciencia por amor hacia mí.

Lorenzo la estrechó nuevamente la mano, jurando obedecer y disimular su contento, y salieron ambos á reunirse con la familia Lapasque, que acababa de invadir ruidosamente el jardín.

Los quince días que siguieron parecieron al doctor interminables. No desconfiaba en verdad del recisimiento que haría M. Maurín á su petición, porque el recaudador le acogía cada día con mayor afabilidad, dejando ver ostensiblemente lo mucho que le lisonjaban sus visitas. Todo hacía, pues, suponer que su contestación sería afirmativa; pero Lorenzo, como todos los caracteres impetuosos, tenía horror á la indecisión y sentía gran impaciencia por saber á qué atenerse.

Para distraer su intranquilidad, hablaba de sus proyectos para el porvenir con la buena Sofia, que le escuchaba con ademán á la vez satisfecho, ansioso y melancólico,

Escribió asimismo una extensa carta á Sebastiana, para participarle que estaba resueltamente enamorado de la linda «flor de vid» que ésta le amaba y que esperaba casarse con ella.—Cuanto más pronto, mejor, decía; y se guramente la boda tendría

efecto antes del otoño.—Invitaba desde luego á la señorita de Fierbois á asistir al solemne acto, y se complacía en fabricar castillos en el aire, que en punto á elevación no tenían nada que envidiar á la bíblica torre de Babel.

Llegó por fin la gran fiesta de San Juan. Por la mañana dió Sofia la última mano, con el más minucioso esmero, al atavío de su Lorenzo y renovó la cintita roja del ojal; poco después, fortalecido por dos sonoros besos maternos, emprendió el doctor el camino de Robert-Espagne.

Tan luego como empujó la verja del patio del recaudador, halló á Valentina, que le esperaba á la sombra de los nogales. M. Maurín había salido disimuladamente de casa desde el amanecer, á fin de no dificultar los preparativos de fiesta que estaba obligado á ignorar.

La joven tomó alegremente la mano del doctor, y llevándole acto continuo á una repostería próxima al comedor, donde descansaban al fresco los ramilletes, le señaló uno de ellos dispuesto para el convidado. Después se trasladaron, mientras llegaba la hora de la comida, al pabellón inmediato al río, donde ya se hallaban las hermanas menores trabajando. Allí permanecieron largo rato escuchando el rumor melodioso de las aguas del Saulx, casi sin hablarse, satisfechos con encontrarse uno cerca de otro y con mirarse.

¡Cuán hermosas son esas entrevistas de dos verdaderos enamorados que se aman con la franqueza y serenidad de las almas honradas y sinceras! Es un espectáculo tan delicioso de contemplar como el más bello amanecer. Las pupilas iluminadas por una límpida llama, cambian sus destellos con tierna y alegre confianza; una pura y leve sonrisa entreabre los labios y anima las fisonomías; las palabras vuelan y se cruzan amigablemente como abejas que van de una flor á otra. Nada hay allí que refleje ardores calenturientos de pasión culpable ó puramente sensual; es el plácido duo de dos almas seguras de sí mismas, la apacible luz del alba en un cielo de estío, una emanación de gracia y de ternura parecida á la que se exhala de la música de Mozart...

La comida fué verdaderamente de familia, sin que asistiese á ella más convidado que Lorenzo. M. Maurin estaba de excelente humor, y á los postres, cuando hicieron su aparición los ramilletes, expresó como de costumbre su sorpresa; lleno de emoción, abrazó sucesivamente á todos, se levantó calladito, escurrió el bulto, y momentos después reapareció por la puerta de la sala, abierta de par en par, con la cabeza alta, el ademán misterioso y sosteniendo en sus manos como un viril, una botella de champagne reservada desde la mañana para este caso.

Se bebió á la salud del anfitrión, que contestó brin-

dando por su joven amigo. La criada trajo café, y las jóvenes abandonaron el comedor, bajo pretexto de dejar á los dos hombres en libertad para fumar tranquilamente.

Valentina salió la última, después de dirigir á Lorenzo una mirada para infundirle aliento, pero en vez de seguir á sus hermanas al jardín, fué á sentarse muy agitada en la repostería, desde donde podía oír lo que se hablase en el comedor. Estaba demasiado interesada en lo que iba á pasar, y harto impaciente para pensar en alejarse.

Era llegado el momento decisivo. El recaudador, dando vueltas en derredor de la mesa, olfateaba los ramilletes, uno después de otro, con ruidosas aspiraciones, en tanto que Lorenzo mascullaba nerviosamente su cigarro.

—Los días del santo y los aniversarios—dijo con tono sentencioso M. Maurin, interrumpiéndose para tomar á pequeños sorbos el café, fortifican y estrechan los lazos de familia. . No hay nada que se parezca á los puros goces de la familia, ¡creedlo, amigo mio!... Casarse al debido tiempo y en su esfera, educar á los hijos en los buenos principios; he aquí el tributo que todo individuo debe á la sociedad... ¿No sois de la misma opinión, doctor?

—Completamente—contestó Lorenzo, satisfecho del giro que tomaba la conversación—y en eso precisamente era en lo que yo estaba pensando... De algún

tiempo á esta parte pienso con toda seriedad en el matrimonio.

—Teneis mucha razón—replicó el recaudador, cuyas formas ceremoniosas adquirieron una ingenuidad conciliadora—y es necesario (dispensadme esta vulgar comparación) machacar el hierro en caliente. Sois joven, teneis una posición decorosa y un brillante porvenir; con tales circunstancias, eminentemente ventajosas, se os abrirán todas las puertas.

—Lo que me estais diciendo, M. Maurin, me dá valor y confianza, porque tengo que dirigiros una petición.

—¿A mí?—exclamó M. Maurin, quien esforzándose en mantenerse digno é impasible, no pudo disimular un movimiento de alegría.—Podeis hablar, amigo mio.

—Señor—prosiguió el joven—amo á la señorita Valentina, y puesto que me juzgais tan favorablemente, os ruego me autorizéis para dar á conocer mis sentimientos y deseos á la señorita vuestra hija.

El recaudador se habia puesto colorado y aspiraba á más y mejor el aroma de los ramilletes de que estaba sembrado el mantel. Poco faltó para que se arrojase al cuello de Lorenzo, pero reflexionó que su dignidad le imponía el deber de reprimir aquel acceso de intemperante alegría. Se sonó, dió una mano al lazo de la corbata y con solemne acento comenzó á decir:

—Monsieur Husson, vuestra petición me honra en

extremo; creo tener bastante conocimiento del mundo y de los hombres para abrigar la seguridad de que sois capáz de hacer la felicidad de mi hija... Perdonadme si la emoción me impide expresarme de una manera más... más adetuada; pero en tales casos, la emoción de un padre es una cosa legítima y digna de respeto... Monsieur Husson, os otorgo la mano de mi hija.

—¡Muchas gracias, monsieur Maurin!—exclamó Lorenzo lleno de júbilo.

En el oscuro rincón de la repostería, Valentina, cuyo corazón palpitaba con violencia, estuvo también á pique de dar un grito de alegría, é iba ya á salir para poder dar libre curso á la satisfacción que la ahogaba, cuando algunas palabras añadidas por el amado de su corazón la mantuvieron inmovil en su asiento.

—Os doy mil gracias—continuaba el doctor—pero antes de que podais contraer un formal compromiso, quiero explicar mi situación de familia y poner os al corriente de ciertos pormenores, que espero no os harán variar de propósito, pero que estoy en el deber de exponeros...

—Muy bien, muy bien—replicó el recaudador—por más que creo ya adivinar lo que me vais á decir: no teneis patrimonio, ya lo sé: pero vuestra profesión os reporta pingües utilidades, que habrán de ser aún mayores andando el tiempo: por lo que toca á la

familia... ¿qué? ¿que vuestro padre es panadero? Pues bien, el mío era labrador. No es mal oficio el que da beneficio . .

—En la situación á que hemos llegado—le interrumpió Lorenzo—no debo tener secretos para vos: habeis de saber que el panadero Husson es únicamente mi padre adoptivo y yo soy un hijo natural; la persona que vive conmigo y que pasa por mi tía, es sencillamente mi madre; en cuanto á mi verdadero padre, no debo decir más sino que no tengo el derecho de llevar su nombre.

Hubo un momento de terrible silencio en el comedor, ya medio invadido por el crepúsculo vespertino. El recaudador, consternado, había dado un salto en su silla, su rostro se había alargado y su frente se iba obscureciendo.

—¡A la verdad—murmuró—es un estado absolutamente irregular el vuestro!

—Sí—contestó Lorenzo—y por lo mismo he querido manifestároslo previamente, porque si abrigais en este punto ciertas preocupaciones. .

M. Maurín se volvió bruscamente hacia su interlocutor.

—¡No se trata de preocupaciones—exclamó con severidad!—porque hasta la ley asigna una categoría inferior al hijo nacido fuera de matrimonio... ¡Si al menos hubiéseis sido legitimado! pero no, vuestra situación es la más irregular de todas... Lo siento

mucho, caballero, y no podeis extrañar que esta circunstancia modifique mi resolución.

—Sin embargo—objetó Lorenzo, intentando un nuevo esfuerzo—mi situación personal permanece intacta y habreis de convenir conmigo en que es honrosísima. Me he conquistado un nombre que vale, cuando menos, tanto como el que las leyes hubieran podido darme.

—¡Acabais de plantear una tesis subversiva, joven!... ¡Qué sería de la sociedad si se pudiera así saltar por encima de las prescripciones de la ley y de la opinión pública?... No, caballero, lo deploro muy de veras, pero soy un funcionario público y debo dar á mis administrados el ejemplo de una conducta completamente correcta... No tomeis á mal que retire mi palabra.

—Pero, en último caso—exclamó algo irritado Lorenzo—amo á vuestra hija; suponed que ella me ama también, y decidme si querriais labrar su infelicidad y la mia por consideración ó no sé qué preocupaciones añejas, inícuas y absurdas.

—¡Doctor!—contestó M. Maurín abrochándose con grave ademán—no puedo tolerar que se acuse de inícuca é injusta á la ley... Valentina es una hija bien educada que se someterá á mi voluntad, y por lo que respecta á vos, M. Husson, os tengo por hombre de honor y abrigo por esta misma razón la seguridad de que no traspasareis los límites de la reserva y del

respeto que vuestra misma situación os impone... Basta ya; dejemos esto, y no volvamos jamás a hablar de ello.

—¡Basta, caballero, he comprendido!

Y Lorenzo, abriendo bruscamente la puerta, se lanzó fuera de la habitación.

Cuando M. Maurín se encontró solo, en medio de los ramilletes de fiesta diseminados, se puso á pasear con ademán agitado, murmurando de tiempo en tiempo una exclamación de censura, indignado cual si contestase á misteriosos argumentos presentados por su propia conciencia.

Detúvose de pronto, porque le pareció haber oído convulsivos sollozos al otro lado del tabique. Abrió la puerta de la repostería y tratando de orientarse en la obscuridad, exclamó con tono áspero:

—¿Quién está ahí?

Nadie contestó; únicamente una forma confusa se levantó con precipitación y á través del hueco de una puerta rápidamente abierta y vuelta á cerrar, creyó M. Maurín conocer á Valentina, que huía sofocando sus lágrimas.

IV

Hacia mediados de Julio empiezan á afluir á Sermaize los bebedores de agua mineral, pero lo que se llama la *estación* no entra en pleno periodo hasta

el mes de Agosto. Entonces aquel apacible pueblo campesino, cuya monótona regularidad no es de ordinario turbada más que por los martillos de forja y la campana de las fábricas, adquiere de repente apariencias de movimiento social y de animación. El camino nuevo que costea el Laume y conduce al manantial de los Sarracenos se vé cruzado cinco ó seis veces al día por un ómnibus al servicio del establecimiento, del que se halla distante el pueblo próximamente como Cauterets lo está de la Raillere. Los bebedores ágiles de piernas hacen á pié el trayecto, y este paseo dá ocasión á las damas para exhibir trajes especiales, que parecerían excéntricos y arriesgados en sus habituales residencias, pero que están tolerados en Sermaize, donde gusta remedar los procedimientos empleados en las poblaciones bañistas.

Los enfermos ricos alquilan en el pueblo habitaciones amuebladas, ó se acomodan en las dos fondas próximas al manantial; las cuatro ó cinco posadas de la población se transforman en mesa redonda para servicio de los bañistas de clase más modesta. Como Sermaize no es todavía un punto ó estación de moda, no suelen verse allí sino enfermos *formales* ó familias de los alrededores, que toman pretexto de la eficacia terapéutica del manantial para hacer una excursión veraniega á precio módico; por esta razón no abundan las distracciones. El casino se vé casi siempre desierto durante la noche, porque los bañistas, des-